

Destierro y redención: el «síndrome de Adán y Eva» en *La belleza del mundo* de Héctor Tizón

EMILIANO MATÍAS CAMPOY

Universidad Nacional de Cuyo, Argentina

RESUMEN

En este ensayo, el autor plantea un diálogo entre la novela *La belleza del mundo*, de Héctor Tizón, y los arquetipos bíblicos de Adán y Eva, la pérdida del paraíso y el destierro, y el retorno al Edén. A partir de la traición primigenia de la esposa del protagonista, se inicia la integración a un tiempo cíclico e infinito —el del exilio. En el destierro, el protagonista está marcado por su afán de anular la temporalidad real y, a la vez, su propia identidad; intenta forzosamente olvidar la propia historia, lo cual lo conduce a una crisis de identidad. Al cabo de un largo recorrido, se plantea la necesidad de incorporar los acontecimientos de la vida a un tiempo mítico que regenere y perpetúe todas las acciones, y en el cual se busque el sufrimiento para alcanzar la salvación. El autor evidencia paralelismos diversos del texto con la doctrina cristiana: el protagonista comprende que para regresar a su propio centro debe perdonar. Y eso solo es posible regresando, enfrentando su pasado: el tiempo de redención es un regreso, pero el mismo-nuevo sitio no vuelve a ser jamás el paraíso.

PALABRAS CLAVE: arquetipos; tiempo cíclico; exilio; perdón; traición; paraíso perdido.

SUMMARY

In this essay the author establishes a dialogue between the novel *La belleza del mundo* by Héctor Tizón and the biblical archetypes of Adam and Eve, the loss of paradise and banishment, and the return to Eden. Beginning with the original betrayal of the protagonist's wife, the integration of a cyclical and infinite time commences—that of banishment—; in exile, the protagonist is marked by his drive to annul real temporality and, at the same time, his own identity; he makes every effort to forget his own history, resulting in an identity crisis. At the end of a long journey the need is established to incorporate the life events with a mythical time that regenerates and perpetuates all the actions, and in which the suffering is sought in

order to reach salvation. The author demonstrates the diverse parallelisms of the text with the Christian doctrine: the protagonist understands that in order to return to his own center he must forgive, which is only possible if he returns and confronts his own past: the time of redemption is a return, but the same-new site will never again be considered paradise.

KEY WORDS: archetypes; cyclical time; exile; forgiveness; betrayal; loss of paradise.

INTRODUCCIÓN

EN ALGUNA OPORTUNIDAD, Horacio Salas comentó: «Creo que lo importante de Tizón es el conocimiento del ser humano [...] tiene una especie de bisturí y un microscopio para mirar muy en profundidad lo que es el ser humano».¹ En su novela *La belleza del mundo*,² Tizón escribe sobre el sufrimiento del hombre que es expulsado de su tierra, sentimiento que él mismo conoció en los años de su destierro –como lo ha afirmado en no pocas entrevistas. Esta melancolía que provoca el exilio tiene un viejo antecedente: el sentimiento de desarraigo de la humanidad entera representada en el paraíso perdido por Adán y Eva. Este mito que forma parte de la cosmogonía cristiana es retomado por el escritor jujeño y adaptado a una época y un espacio diferentes. Hecho que, como veremos, establece dentro de la novela un *tiempo mítico*. De esta forma, el autor intenta lo que Mircea Eliade³ denomina una «rebelión contra el *tiempo* histórico», es decir, «una tentativa para reintegrar ese tiempo histórico, cargado de experiencia humana, en el tiempo cósmico, cíclico e infinito» (140). Precisamente, para Tizón «los relatos son los mitos fundantes contados una y otra vez».⁴

Nuestra propuesta es realizar una lectura de *La belleza del mundo* desde el concepto del «síndrome de Adán y Eva». Observaremos qué relación se establece entre el pasaje bíblico y la novela del escritor argentino. Es decir, el modo en que aquellos acontecimientos que siguieron a la antropogonía se renuevan o actualizan dentro de la obra. Por lo tanto, analizaremos cómo un

-
1. Extraído de una entrevista realizada por el Área de video de la Biblioteca Nacional: «Héctor Tizón. El arraigo, el destierro y la memoria», Buenos Aires, 2003.
 2. Héctor Tizón, *La belleza del mundo*, Buenos Aires, Planeta, 2004. Se citará en adelante por esta edición indicando el número de página en el cuerpo del trabajo.
 3. Mircea Eliade, *El mito del eterno retorno. Arquetipos y repetición*, trad. Ricardo Anaya, Madrid, Alianza, 1984, 5a. ed.
 4. «La voz del viajero», en diario *La Nación*, domingo 25 de abril de 2004.

hecho de nuestro tiempo repite el *arquetipo* del génesis de la humanidad, y el destierro en un «valle de lágrimas».

Para comenzar, es conveniente aclarar que la noción de «síndrome de Adán y Eva» ha sido utilizada por distintas disciplinas y abordada desde diversos puntos de vista. Pero, en el presente trabajo, entenderemos este concepto a partir de una respuesta que el autor brinda en una entrevista, donde afirma que «[...] la infancia era para Marcel Proust una manera de insinuar el recuerdo inmemorial del paraíso perdido, el síndrome de Adán y Eva [...]».⁵ Según Tizón, en todo hombre es posible descubrir la nostalgia de un pasado que se añora; porque «hay algo tremendamente poderoso en el recuerdo de algún momento efímero perdido, en la carga enorme de humanidad que tiene el recuerdo de algo mejor». Veremos que esta melancolía que produce la pérdida es la que prima a lo largo de la novela.

LA INOCENCIA PERDIDA

Héctor Tizón ha estructurado *La belleza del mundo* en tres partes: «Antes», «Trascurrieron veinte años» y «Ahora». Cada una de ellas refiere un aspecto de esta gran tragedia humana: la expulsión, el sufrimiento y la melancolía por el paraíso perdido y el regreso o redención, respectivamente.

En la primera parte, el narrador refiere el momento en que dos jóvenes se conocen y se enamoran. Por un lado encontramos a Laura, una muchacha que vive con sus padres y que en su infancia presenció y fue víctima de escenas de abuso y de maltrato familiar. Iniquidades provocadas en los momentos de embriaguez de su padre. Por otro lado, se nos presenta al protagonista, un joven apicultor, huérfano, de veinte años de edad y del que desconocemos el nombre. Un muchacho que antes de conocer a la Mujer, encarnada en la figura de Laura, no «[...] se había sentido un solitario, ni se preguntaba por cosas volátiles como la felicidad [...]» (14). De esta forma, el protagonista se nos presenta en un estado de pureza virginal, en un estado previo al bien y al mal:

5. Entrevista realizada por Guillermo Saavedra, «Héctor Tizón. El afán de captar lo fugitivo», en *Revista Guía*, pp. 14-18.

[...] nunca antes había sentido la oscura felicidad de estar cerca, de extrañar en la ausencia, de enmudecer ante la mirada insondable de unos ojos que en el instante dicen todo lo que jamás nadie nunca ha podido expresar con palabras (15).

Antes de Laura no existe nada memorable en la vida de este joven apicultor que, al principio, carece de arrogancia y de melancolía. El primer acontecimiento importante en su vida es conocer a esta mujer, «ya que lo anterior venía a ser como una pura prehistoria conjetural» (57).

Finalmente, el apicultor se enamora y se casa con la joven. Luego de la boda, se trasladan a la granja donde vive el apicultor, «allí comenzarían una vida feliz» (18). Esta alegría también se manifiesta en la armonía del paisaje: «Todo parecía tranquilo y en paz o apaciguado: el aire, los pálidos colores, la luz vacilante de la tarde» (24). Pero de pronto, de regreso de la ciudad, el protagonista siente que en su interior algo ha cambiado. Esta mudanza es el resquebrajamiento que se ha comenzado a producir en el paraíso. El joven, lenta e inconscientemente, va descubriendo que el edén que habita se desliza fugaz entre sus dedos:

Al fin había encontrado la puerta del mundo perdido. ¿Pero estaba adelante o detrás de él? ¿Entraba o salía de él? [...] El mundo comenzaba a ser gris. Y él, sin comprenderlo, se sorprendió de pronto como diciéndole adiós a algo, vagamente (55).

Este sentimiento se justifica por una velada infidelidad. Laura entabla una relación con Venancio, joven comprador de toda la miel del municipio. Esta traición desencadena el desplazamiento del protagonista de su mundo idílico. El alejamiento sentimental de la pareja también se manifiesta en términos de un distanciamiento físico. Laura se refugia, cada vez con mayor frecuencia, en un lugar esbozado como un *locus amenus*: «En cierto lugar desciende de los cerros un arroyito de aguas claras golpeadas entre grandes piedras que no se seca nunca ni en invierno ni en verano» (66). Es allí donde comienza a sentir la necesidad de huir, de descubrir una vida que canta en sus venas y que aún no conoce. Esta tentación de tener más de lo que ha sido otorgado puede relacionarse con la pretensión de «algo mejor» que siente Eva. El imperioso deseo de morder el fruto del conocimiento.

Finalmente, conocerá este mundo, que la inquieta y convoca, de la mano de Venancio. En una carta que deja al partir, Laura escribe:

Todo me condenará [...] Yo sé que el pecado es desear ser distinto de lo que somos. Morder la manzana para conocer su sabor. Ser demasiado buena y generosa es insoportable para mí. Entre la paz y la tormenta, he elegido la tormenta [...] (71, cursivas en el original).

Laura ha cedido a la tentación y ha optado por lo que ella reconoce como el mal (la tormenta), es decir, traicionar la cama del esposo. Al abandonar a su marido, al traicionarlo, ya no gozará de una vida apacible como hasta ese momento. Sabe que sobre ella pesará la culpa y fuertes acusaciones. Avanzada la carta leemos: «No hago esto, que es imperdonable, por maldad sino por amor inocente, que nadie verá de ese modo y entonces tendrán razón para condenarme [...]» (72, cursivas en el original). Ella, que no ha respetado la cama de su esposo, ha violado el rito matrimonial.⁶ Este es el pecado que la condena, el que la conducirá a una vida «tormentosa». Al final de la novela, se nos revela su trágico final en boca de uno de los personajes: Luego de tres años, Laura regresa al pueblo con Venancio, quien termina asesinándola.

Por su parte, el apicultor descubre el agrio sabor de la ira y del rencor, ignorado hasta ese momento, que lo lleva a padecer un sinfín de sufrimientos. Por la debilidad de la mujer ambos son condenados. Laura antes de su fuga dice: «No creo que Dios sea siempre justo. Él muchas veces hace pagar a los justos el pecado de los demás» (26).

La consecuencia de esta traición adquiere un carácter universal cuando el narrador dice acerca del joven: «Quiso moverse, ponerse en pie, sin saber por qué, pero el estupor y el dolor eran tan hondos que sentía tener el peso del universo en sus costillas» (72). Este fragmento indudablemente alude a la creación de Eva a partir de una de las costillas de Adán. Costilla que termina por condenar a toda la humanidad.

Dos procesos confluyen en la novela para la conformación del tiempo mítico, por un lado, la universalización y, por el otro, la comparación con el arquetipo. En cuanto al primer proceso –la universalización de la traición–, el apicultor:

6. Para Mircea Eliade el matrimonio humano repite la hierogamia. (Cfr., *El mito del eterno retorno. Arquetipos y repetición*, p. 28).

Admitió que seguramente a muchos les pasaba y que no todos debían sentirse infelices ni abrumados, ni siquiera, quizá, deshonrados, a pesar de que los papeles no eran similares, ni igualmente considerados: «adúltera» tenía connotaciones pecaminosas pero interesantes; en cambio, «cornudo» despertaba sonrisas, comicidad, ridículo (75).

En otro pasaje de la novela, el protagonista transpone estos dos adjetivos a los personajes del arquetipo. Por lo tanto, se establece un doble condicionamiento entre hecho histórico-cronológico y acontecimiento arquetípico. Durante una conversación con Virginia, personaje que lo ampara y asiste en su destierro, el apicultor afirma: «[...] Eva fue una vieja prostituta, y por lo que sé, Adán un cornudo [...]» (121). Entendido el arquetipo de esta forma, el hecho cronológico del que participa el protagonista se integra a un tiempo antropogónico, cíclico e infinito.

Tanto el narrador como los personajes manifiestan una valoración negativa del tiempo cronológico. El tiempo avanza como un río que aniquila todo a su paso. Ante esta concepción, no es difícil comprender la necesidad de incorporar los acontecimientos de la vida a un tiempo mítico que regenere y perpetúe todas las acciones.

Ante este nocivo avance del tiempo, el protagonista tan solo desea, y ruega, alcanzar la capacidad de perdonar antes de yacer en su lecho de muerte. El humilde apicultor sabe, o por lo menos intuye, que este sentimiento, fuertemente ligado a una de las virtudes teologales; la caridad, es un acto de abnegación inspirado por el amor a Dios que le permitirá acceder a la redención. Porque lo que provoca el destierro de su estado de pureza es que la inocencia se ve reemplazada por el odio. Aversión que revela al alma los sinsabores de la ira y la venganza, tan opuestos a la gracia del amor. Este sabor aciago es el que siente el protagonista al afirmar: «Imposible perdonar a quien nos hizo daño, si ese daño nos ha rebajado» (77). El protagonista sabe que la traición lo ha degradado de un estado superior, y por esto asume su condición de *ser caído*.

Conjuntamente con el deterioro de esta virginidad primigenia se producirá un menoscabo del ambiente bucólico original. Antes de abandonar su pueblo, el apicultor «vagó por las dehesas, también abandonadas; por los campos aledaños, ganados ya por los pastos duros, las garrapatas y la incuria [...]» (77).

EL LARGO PEREGRINAR POR UN VALLE DE LÁGRIMAS

En la segunda parte, el narrador relata el último tramo de un viaje que el protagonista ha realizado «sin sosiego por el mundo» (83), en un lapso de veinte años. Este peregrinar está signado por el sufrimiento propio del desarraigo. Pero el dolor no es contemplado como algo negativo. En la novela subyace una *valoración* del sufrimiento y una *búsqueda* del dolor por sus cualidades salvadoras.

El paraíso perdido pertenece a un pasado impregnado de melancolía. Esta tristeza vaga, honda y permanente suscita en el protagonista un intento desesperado por evitar todo recuerdo. Pero inevitablemente algunas escenas de su vida pasada cruzan fugazmente por su memoria: «[...] entonces creía sentir una terrible revelación del misterio y lo extraño de la vida [...]» (97).

En los oscuros signos por los que se expresa el dolor, el apicultor descifrará la clave de su salvación. Pero el sufrimiento solo se manifiesta cuando logra imponerse a aquellas voces que intentan acallararlo; cuando el indeleble barniz del que se compone la melancolía le permiten recordar aquello que alguna vez le perteneció. Aunque intente olvidar, la nostalgia de un pasado mejor se filtrará por los resquicios del inconsciente; grietas inevitables creadas durante el sueño y la embriaguez:

Lo que él comprendía del mundo era una confusión tenue, velada como un sol que se apaga, y que lo lleva siempre hacia ese pueblo entre verdes lomadas, que estaba oculto en su corazón, en la sangre, en los pulmones, sobre todo cuando estaba aturdido o estupefacto por el alcohol (112). Pero sus pensamientos nunca regresaban a lo próximo, tampoco a lo anterior, salvo contadas veces, entre la confusa vigilia que precede al sueño, es decir, sobre todo en las noches en que sus pensamientos volvían a su existencia remota, y soñaba con montañas, con praderas agrestes y con música triste (119).

En un intento por olvidar su pasado, el protagonista opera en sí una evidente *voluntad de desvalorizar el tiempo*: «Todos estamos solos, y lo hostil desaparece de improviso y queda superado tan pronto logra uno desechar la idea del tiempo» (103). Pero esta anulación intencional del tiempo histórico es solo un placebo a su mal. El antiguo apicultor cree haber encontrado la paz y la felicidad en el olvido. A través de este desprendimiento de la propia his-

toria se genera una crisis de identidad. Consciente de esta mudanza que se ha producido en su interior el protagonista se cuestiona: «[...] ser otro, convertirse en otro, olvidar nuestra propia historia, ¿no es volverse loco?» (155).

Esta alteridad se evidencia desde la onomástica. Al comienzo de esta segunda parte, el narrador nos señala: «Ahora el apicultor se llama Lucas» (83). Este hombre vagabundo, visto como «[...] un minúsculo ser en medio de la tierra indiferente [...]» (102), se siente extranjero no solo de su tierra sino de su propia existencia. Esa crisis provoca una perplejidad en el protagonista acerca de su propio destino y, sobre todo, de esta peregrinación de tantos años. Evidentemente si se anula la idea del tiempo se pierde el sentido del pasado (nuestro origen) y del futuro (nuestro destino):

Nuevamente retornó a él la vieja pregunta en toda su desnuda desolación. ¿Por qué estoy aquí? ¿A dónde iré ahora? ¿Qué haré? Y junto con esta perplejidad regresó la antigua vergüenza desnuda, el sentido de su destino azaroso y gratuito, la falta de propósito de su peregrinación de tantos años (100).

Pronto descubrirá que esta empresa no es más que una quimera, porque aunque intente desesperadamente huir de sí mismo: «Todo corre vertiginosamente hacia la nada, pero la nada es Dios, Dios es el fin de nuestras vidas» (127). El protagonista comprende que para regresar a su propio centro debe perdonar. Es decir, necesita reencontrarse con los fantasmas del pasado, con esos que ha intentado olvidar en su constante evasión. Hacia el final de la segunda parte, encontramos a un joven «[...] mudo y pensativo, como dormido en el rítmico silencio de la eternidad, en el hechizo intemporal de una noche sin sueño [...]» (132).

El protagonista descubre que este viaje fue «un largo rodeo» (139), como toda la vida del ser humano, hacia su centro (tanto interno como externo). Pero, como dice Mircea Eliade, «el camino que lleva al centro es un ‘camino difícil’ [...] es arduo, está sembrado de peligros, porque, de hecho, es un rito del paso de lo profano a lo sagrado [...] El acceso al ‘centro’ equivale a una consagración, a una iniciación [...]».⁷

7. *Ibidem*, p. 25.

PARAÍSO RECOBRADO

Por esto el protagonista decide regresar a su pueblo para recordar –volver a pasar por el corazón– los mismos hechos de hace veinte años. Veinte años que son equiparables a los 4302 días que Adán declara a Dante haber esperado para contemplar nuevamente el paraíso:

Donde tu dama sacara a Virgilio
cuatro mil y trescientas y dos vueltas
de sol tuve deseos de este sitio;
(Paraíso, XXVI, 119-120).⁸

Pero éste es un regreso condicionado, el sufrimiento ha dejado huellas que han calado profundamente en el alma del apicultor. Como afirma uno de los personajes de la segunda novela de Héctor Tizón, *Sota de bastos, caballo de espadas*: «El que se va ya no vuelve, aunque regrese».⁹

Este retorno es lo que nos cuenta el autor en la última parte del libro. La emoción del reencuentro con el paraíso que debió abandonar se insinúa con una lluvia cuyas gotas «[...] eran más bien como lágrimas de quien regresa, como un llanto suave, manso, como una resignación bienhechora» (139).

Pero, como dijimos, este regreso no solo es exterior sino que también es un reencuentro con su esencia. Lucas sabe que en este lugar se han conservado intactos dos recuerdos que pretendió olvidar. Descubre que:

[...] ahora debe reencontrarse con su propia historia, después de un largo camino por el destierro, un desierto poblado de voces y de rostros fríos, distantes, ajenos, tal vez meros pretextos casuales para llegar, ahora a sentir su vida deslizarse veloz, sin alegría, sin belleza, solo para saber, para conocer todo aquello de lo cual había huido furtivamente para intentar la aporía de ser otro (144).

Este proceso de reconstrucción comienza por enfrentarse a una historia depurada de todo autoengaño:

-
8. Dante Alighieri, *La divina comedia*, trad. y notas de Luis Martínez de Merlo, Madrid, Cátedra, 2000.
 9. Héctor Tizón, *Sota de bastos, caballo de espadas*, en Héctor Tizón, *Obras escogidas*, t. II, Buenos Aires, Libros Perfil, 1998, p. 249.

[Laura] fue, un buen recuerdo, hasta hoy, no un recuerdo dañino. Pero todo eso era también engañoso porque nunca perdemos para siempre ni deja de estar en nosotros de alguna manera aquello que alguna vez amamos de verdad (150 y s.).

El protagonista se resigna a su historia personal, la que debe ser soportada por su función catártica. Después de tantos años de sufrimientos, los hombros del antiguo apicultor comienzan a flaquear, pero en medio de este cansancio comprende que: «Lo que en verdad nos hace sufrir es que la muerte demora, pero nada valía la pena de matarse si al fin y al cabo la muerte llegaría igual» (103).

Luego de una visita al hospital psiquiátrico donde está internada Jacinta, quien fuera la niñera de Venancio y testigo de la traición, Lucas se enfrenta nuevamente con las heridas que en vano intentó cicatrizar a fuerza de olvido. Las llagas vuelven a destilar los amargos humores de la ira que creía ya dormida. Pero esta vez logra controlar la cólera y canalizarla a través del llanto.¹⁰ En este momento, el narrador nos comenta que, una vez calmado, «abandonó los peores presentimientos y arrojó lejos el puñal que siempre llevaba entre sus ropas, porque el hierro atrae al hombre».¹¹ Este acto simbólico de arrojar lejos de sí el puñal implica un dominio de las violentas acometidas de la ira, de la capacidad de dañar al prójimo y, sobre todo, la necesidad de venganza. Por lo tanto, este es el momento en el que se produce la verdadera catarsis del pasado: «Ahora lo recordaba con más claridad. Al principio su corazón atravesado por el dolor reclamaba venganza. La infidelidad, como la ingratitud, provoca que un ser humano pierda su pasado» (155).

Este desprendimiento es el que le permite sentir, hacia el final de la novela, que «Por fin era un hombre libre, que nada tenía que perder o ganar, ni siquiera los recuerdos. Que era un hombre despojado» (156). Inmediatamente, el protagonista logra sentir «la música del cosmos, el unísono maravilloso y terrible de todas las cosas» (156).

10. En la primera parte, el protagonista no llora la pérdida de Laura: «¿Por qué le costaba tanto llorar? [...] Las lágrimas están hechas para que surjan de los ojos, de lo contrario se convierten en rencor, nos dejan estupefactos, con el alma aielada y como muertos [...]» (76).

11. *La belleza del mundo*, p. 150.

CONCLUSIÓN

A modo de conclusión podemos afirmar que la estructura tripartita de *La belleza del mundo*, se condice con las tres etapas del relato bíblico de la inocencia perdida, la expulsión del paraíso y la redención, respectivamente.

En la primera parte, hemos observado cómo ese joven apicultor inno- minado conoce la diferencia entre el bien y el mal a causa de la traición de su joven esposa. Infidelidad que lo separa abruptamente de la inocencia en la que habitaba, al despertar en él tan bajos sentimiento como la ira y la necesi- dad de venganza.

Este deseo de hacer pagar el desagravio conduce al joven apicultor a realizar un largo peregrinaje por lejanas tierras. Itinerario en el que intenta la aporía de olvidar la propia historia y que termina por provocar una crisis en la identidad del protagonista. Hemos observado además que para alcanzar este despojo del recuerdo el protagonista opera en sí una *voluntad de desvalo- rizar el tiempo*. De esta forma, el tiempo cronológico es integrado a un tiem- po mítico.

Finalmente, comprende que es imposible negar la propia historia. Es- te hecho, sumado a la melancolía de su terruño perdido, lo encamina de re- greso al lugar que le pertenece y hacia su propia interioridad. Este regreso po- sibilita la purificación de sus sentimientos y, por lo tanto, la redención de su alma. ✽

Fecha de recepción: 6 noviembre 2006.

Fecha de aceptación: 12 febrero 2007.

Bibliografía

Alighieri, Dante, *La divina comedia*, trad. y notas de Luis Martínez de Merlo, Ma- drid, Cátedra, 2000.

Eliade, Mircea, *El mito del eterno retorno. Arquetipos y repetición*, trad. Ricardo Ana- ya, Madrid, Alianza, 1984, 5a. ed.

Biblioteca Nacional, «Héctor Tizón: El arraigo, el destierro y la memoria», Buenos Aires, 2003.

— «La voz del viajero», en diario *La Nación*, domingo 25 de abril de 2004.

Saavedra, Guillermo, «Héctor Tizón. El afán de captar lo fugitivo», en *Revista Guía*, pp. 14-18.

Tizón, Héctor, *Obras escogidas*, t. II, Buenos Aires, Libros Perfil, 1998.

— *La belleza del mundo*, Buenos Aires, Planeta, 2004.